



LIBRO SEGUNDO

I

Muy quedo, Mateo se levantó de la cama de hierro en que dormía al lado de la cama de roble de Mariana. La miró, y vió que sonreía con los ojos abiertos.

—¿No duermes? ¡Y yo que no me movía por miedo a despertarte! Son cerca de las nueve.

Aquella escena pasaba en París, un domingo de Enero. Mariana estaba en cinta de siete meses y medio. En Chautebled había hecho un frío atroz durante la primera quincena de Diciembre; lluvias glaciales, escarchas, nieves. Mateo, después de algunas vacilaciones, aceptó el galante ofrecimiento de los Beauchéne que pusieron a su disposición la antigua casita de la calle de la Federación en que habitara el fundador de los talleres antes de construir el lujoso hotel. Un anciano contra-maestre que la ocupaba, había muerto poco antes. El matrimonio se instaló allí en Diciembre, pensando que era prudente esperar el parto en Pa-

rís y decididos a no ir a Chautebled hasta la próxima primavera, cuando Mariana estuviese ya repuesta.

—¡Véamonos las caras!

Mateo corrió una cortina y entró un rayo amarillo de sol de invierno.

—¡Sol, sol!—exclamó con alegría.—Un tiempo espléndido y es domingo. Hoy sí que os pasearé un buen rato.

Mariana le llamó y tomándole las manos, cuando se hubo sentado a la orilla de la cama:

—¿Verdad que somos muy buenos chicos los dos? Hacia lo menos veinte minutos que estaba despierta y que no me revolvía por temor a despertarte, sin saber que tú hacías lo propio. ¡Eso es ser buena gente!

—¡Oh! no puedes figurarte cuán contento estaba pensando que descansabas. Ahora, los domingos, no tengo más idea que la de no moverme de este cuarto y de pasármelos a tu lado y al de los chicos.

De repente hizo una exclamación de sorpresa:

—¡Y no te he besado aún!

Se había incorporado un poco y él la estrechó fuertemente, haciéndola exhalar un quejido.

—¡Cuidado, monín, cuidado!

Apenado y amante, dijo Mateo:

—¡Te he hecho daño, muñeca! ¡Cuán bruto soy! Perdóname; no volveré a hacerlo. Yo que quisiera tener las manos de terciopelo para tocarte. Perdóname.

Tuvo que consolarle.

—No seas bobo. ¿No ves que me río? No ha sido sino el susto.

La miró, nunca le pareció tan espléndida su belleza. Entre las oleadas de sol que inundaban la cama, respiraba fuerza, salud y esperanza. Nunca

le pareció tan bella la mata de su pelo; nunca sus ojos brillaron con tanta alegría.

Y con su rostro impregnado de bondad y de amor, de dibujo tan correcto y sólido, parecía la misma fecundidad, la buena diosa de carnes deslumbradoras, perfecto cuerpo y nobleza soberana. Un enternecimiento súbito invadió su alma y la adoró como un devoto en presencia de su Dios, en el umbral del misterio.

—¡Cuán bella y buena eres, y cuánto te amo, esposa mía!

Descubrió el vientre con gesto religioso. Lo contempló blanco, turgente, satinado, alto como una cúpula sagrada de la que iba a brotar un mundo. Se inclinó, la besó santamente, poniendo en aquel beso toda su ternura, toda su esperanza. Quedó en aquella postura un instante, posando sus labios suavemente, con delicada prudencia.

—¿Aquí te duele, alma mía?... ¿Aquí?... ¿O aquí?... ¡Cuánto daría por saber y poder curarte! Pero se enderezó pálido y tembloroso. Había sentido un ligero choque junto a sus labios. Ella se echó a reír, le atrajo y cuando tuvo su cabeza al lado de la suya en la almohada, le dijo al oído:

—¿Lo has sentido? No tengas miedo, tonto, es que se revuelve; empieza a forcejear para salir. Dime que te ha dicho.

—Me ha dicho que me amas como yo te amo, y que no hay nadie en este mundo tan dichoso como nosotros.

Durante un momento permanecieron abrazados entre las doradas ondas del sol que les envolvían. Luego le arregló las almohadas y la sábana, no queriendo de ningún modo que se levantara hasta que estuviese arreglada la habitación. Deshizo la cama y la plegó disimulándola bajo una funda. En vano quería ella que Zoé hiciera todo aquello;

Mateo se obstinó diciendo que la criada le cargaba y que prefería hacer él cuanto debía hacerse. El era el que había querido dormir en la camita de hierro temiendo estorbarla. Y ahora se empeñaba en arreglar el cuarto, contento con poder demostrar a su esposa por medio de los pueriles cuidados, lo mucho que la quería y honraba.

—Ya que los niños nos dejan en paz, descansa un rato todavía.

Sintió un escalofrío y entonces pensó que ya debía haber encendido la chimenea. Cogió unos troncos y unas virutas que había en un rincón y se arrodilló para encender el fuego.

—No seas tonto.—dijo Mariana;—llama la Zoé.

—No, no sabe arreglar el fuego, y a mí me entretiene esto.

Cuando brotó una gran llamarada, sonrió satisfecho. Afirmó que la habitación era un verdadero paraíso. Pero aun no había acabado de lavarse y vestirse, cuando el tabique se conmovió, aporreado por muchos puños a la vez.

—¡Ah, pillastres!—exclamó alegremente Mateo, ya se han despertado. ¡Bah! Hoy es domingo. Dejémosles entrar.

Desde hacía unos momentos el cuarto vecino parecía un gallinero. Resonaba allí una charla continua, interrumpida por alegres carcajadas. Luego se oyeron choques amortiguados; sin duda almohadas que volaban por el aire. Y unos puños continuaban tocando el tabique en el tabique.

—¡Sí, sí!—dijo Mariana, alegre e inquieta a la vez;—diles que vengan. Sino, van a romperlo todo.

Mateo a su vez dió con el puño. Entonces hubo al otro lado del tabique un grito de victoria, una alegría ruidosa. Apenas había tenido tiempo de abrir Mateo la puerta cuando se oyó gran bullicio en el corredor. Era el rebaño, que entró impetuoso.

so. Llevaban los chiquillos largas camisas de noche que les llegaba a los piecitos y brincaban y reían, empujándose alegremente, y estaban preciosos con su pelo oscuro y rizado, sus caritas de color de rosa, sus ojos que brillaban como soles.

Ambrosio, el segundo, aunque no tenía sino cinco años, entró el primero, como más atrevido que era. Detrás iban Blas y Dionisio, más quietecitos, sobre todo el segundo, que enseñaba a leer a los demás. Daban la mano a Rosa, linda como un ángel, a quien tan pronto tiraban hacia la derecha como hacia la izquierda sus hermanitos, desternillándose de risa.

—¡Mamá,—gritó Ambrosio,—tengo frío! ¡Déjame un hueco!

Y sin esperar contestación, de un brinco saltó sobre la cama, se metió dentro apretándose contra su madre y sacó la carita al lado de la suya. Los dos mayores, al ver aquel ejemplo, lanzaron un grito de guerra y penetraron también en la plaza sitiada.

—¡Déjame sitio, mamá! Déjame.

Únicamente quedó en tierra la pobre Rosa que, al intentar el asalto, había caído y permanecía sentada en el suelo, indignada.

—¡Y yo, mamá! ¡Y yo!

Fué preciso ayudarla. Mariana la tomó en brazos y fué la que tuvo mejor sitio. Mateo habíase asustado pensando que aquel grupo de invasores iban a causar molestias. No. Mariana se reía, jugando con ellos, y él mismo, gozó del espectáculo, que no podía ser más bello. Por todas partes aparecían graciosas cabecitas con los ojos muy vivos, el pelo muy enmarañado, la boca muy sonriente; parecía aquel un nido de pájaros revoltosos y alegres, vivarachos y sanos. Y entre aquellos peque-

ñuelos, Mariana, blanca, robusta, fuerte, hermosa en la apoteosis de su fecundidad, aparecía vibrante de la vida que de nuevo iba a dar.

—Aquí se está bien, hace calor—exclamó Ambrosio, que era un comodón.

Dionisio explicó por qué habían armado tanto ruido.

—Es que Blas ha dicho que veía una araña, y ha tenido miedo.

Blas protestó.

—No, señor; he visto una araña y le he tirado la almohada para matarla.

—Y yo también.

—Yo también,—exclamó Rosa riendo.

Todos se rieron de buena gana. La verdad era que se habían peleado tirándose las almohadas, a pretexto de la araña, que no había visto sino Blas, lo cual tampoco era muy creíble. Tan encantador era el espectáculo de aquella cama limpia abrigando aquellos cinco seres sanos y limpios como los chorros del oro, que Mateo no pudo resistir el deseo de besarlos a todos y abrazarlos en montón como pudo.

Aquello divirtió mucho a los pequeñuelos.

—¡Ay, qué gracia! ¡Ahora sí que nos reímos! ¡Más! ¡Más!

—Vaya—dijo Mariana,—es preciso que me levante. No quiero convertirme en una perezosa. ¡Hay que lavar y peinar a estos arrapiezos.

Ante el fuego y a su suave calor se pulió todo el mundo y eran más de las diez cuando bajaron al comedor en que les esperaba el desayuno. El pabellón se componía, en la planta baja, de comedor y salón a la derecha y de la cocina y despacho a la izquierda. El comedor, que daba a la calle de la Federación, estaba iluminado, en aquella hora, por los claros rayos del sol.

Los chiquillos estaban ya comiendo, con las narices dentro del plato, cuando sonó la campanilla y entró el doctor Boutan. Hubo entonces una nueva explosión de alegría, porque los niños adoraban al doctor. Eran antiguos camaradas para él que les había hecho salir del claustro maternal. Iban a lanzarse sobre él, cuando un grito de la madre les aquietó.

—¿Dejaréis tranquilo al doctor? ¡Ea, a comer todo el mundo!

Y luego sonriéndose:

—Buenos días, doctor. Gracias por el buen tiempo, pues estoy segura de que es usted quien lo ha encargado para que pueda dar un paseo.

Boutan tomó una silla y fué a sentarse junto a la mesa en tanto que Mateo, muy contento, le explicaba que a todos se les habían pegado las sábanas.

—Sí, sí, hace bien; que descanse; pero que pasee lo más que pueda. Veo que tiene apetito... Buena señal... Cuando hallo a mis clientes comiendo, no soy médico, sino un amigo que está de visita.

Mariana amenazó con el dedo, sonriendo:

—Doctor, me humilla. ¿Cree usted que tengo salud para vender, fuerzas que no se agotan? Es verdad, soy fuerte; pero no tanto como imagina usted. Sin ir más lejos, esta noche he pasado una angustia indecible. Parecía que me desgarraban el vientre; que me descuartizaban.

—¿Es verdad?—preguntó Mateo palideciendo.—

¿Has sufrido y no me has despertado?

—¿Y qué te importa, eso, tonto? ¿No ves que ahora trago como un ogro?

El doctor meneó la cabeza.

—No se queje, señora. Es usted la más vigorosa y fuerte de mis clientes. Sufre lo que se sufre inevitablemente en tales casos. Pero le aseguro

que hay pocas preñeces tan buenas como las de usted.

—No me importa sufrir.—Y más bajito añadió:—Sufrir, sufrir, es la ley de todos. ¿Amaria tanto si no sufriese?

El ruido que los niños armaban con las cucharillas ahogó estas palabras.

Boutan repuso, por una asociación de ideas que no confesó:

—Ya sé que almuerzan ustedes el jueves con los Seguin. ¡Ah! esa sí que sufre horriblemente. ¡Eso se llama un mal embarazo!

Pronunció de tal modo las últimas palabras acompañándolas de tal gesto, que dejó comprender el drama último que había estallado en aquel hogar. El estupor por la preñez no esperada, que se evitaba por cuantas precauciones se podía, el espanto de la mujer, los celos del marido, los sufrimientos de ella, que se pasaba la vida recostada en un sillón y la indiferencia de él que huía del hogar doméstico.

—Sí,—replicó Mariana;—nos ha invitado la señora con tanta insistencia que no hemos podido rehusar. Creo que la mueve el deseo o el capricho de hacerme explicar cómo me las arreglo para estar robusta y fuerte durante el embarazo.

Un pensamiento que le asaltó, hizo reír a Boutan.

—Ya sabe usted,—dijo,—que las dos esperan al pequeño para primeros de Marzo. Cuando hablen el jueves, hagan el favor de ponerse de acuerdo para variar un poco de fecha. Porque ya comprenderá usted que no puedo asistir a una y a otra si se empeñan en que sea el mismo día.

—¿Y nuestra prima Constancia?—preguntó Mateo riendo,—¿no se decide también, para que la fiesta resulte completa?

—No. Esa no se decide. Ya saben ustedes que prometió no reincidir y veo que se las arregla al pelo. Celebraré que esto no le acarree un mal resultado.

Se había levantado e iba a partir cuando la invasión que al principio se pudo evitar, ocurrió. Los niños habían bajado de las sillas y después de entenderse con una mirada, se lanzaron al asalto. En un momento los dos mayores se le colgaron de los hombros, Ambrosio le abrazó por la cintura y la niña se agarró a sus piernas.

—¡Hala! ¡Hala! ¡Haz el ferrocarril! ¡Hala! ¡Hala!

Mateo y Mariana acudieron, indignados, en auxilio suyo. Boutan les tranquilizó.

—Déjenlos! Creo que tengo una parte de culpa en que estén en el mundo. Me saludan a su manera. Lo que me encanta de estos niños es que están sanos y fuertes como su mamá.

Después de besarles ruidosamente y de dejarles en el suelo, tomó ambas manos a Mariana y le aseguró que todo iba bien y que procurase continuar así. Después del almuerzo, Mateo quiso de todas maneras dar un buen paseo para tomar el sol. Se había vestido a los niños antes de sentarse a la mesa y apenas era la una cuando toda la familia estaba ya en los muelles. Aquel trozo del barrio de Grenelle, entre el campo de Marte y las calles populosas del mismo barrio, tiene una fisonomía especial, caracterizada por las calles casi desiertas que se cortan en ángulos rectos y compuestas de grandes construcciones industriales que levantan sus paredes grises hasta perderse de vista a lo largo. Durante las horas de trabajo, sobre todo, nadie apenas pasa por ellas y levantando la cabeza no se ve sino las negruzcas chimeneas vomitando torrentes de humo y dominando las al-

tas fachadas con ventanas cerradas por polvorientas vidrieras. Si algún ancho portal está abierto, se ve a través de él unos patios inmensos, llenos de acres humaredas y atestados de fardos y carros. No se oye otro ruido que el estridente de los chorros de vapor, el traqueteo sordo de la maquinaria y el choque de los hierros que suenan contra el suelo al ser descargados de los carros. Pero el domingo, el silencio es completo. En verano no queda sino el sol que calcina el pavimento y los muros, y en invierno el aire helado, cargado de niebla o de nieve que enfila y barre las calles. Se dice que la gente de Grenelle es la más miserable de París, la peor; que no hay sino una multitud de chicas de fábrica desvergonzadas, a las que atrae la vecindad del colegio militar, y que arrastran consigo toda la hez del barrio. En oposición a esa miseria, enfrente se levantan los barrios burgueses de Passy y al lado están los aristocráticos de los Inválidos y Faubourg Saint-Germain; de manera que, como algunas veces decía riendo Beauchéne, su hotel daba la espalda a toda la miseria y el frente a toda la prosperidad y riqueza de París. A Mateo lo encantaban aquellas avenidas plantadas de árboles que por todas partes prolongaban el Campo de Marte y la explanada de los Inválidos. No hay un rincón en París donde se disfrute de una quietud más profunda, donde se pueda pasear con mayor comodidad, sin ser molestado por nadie. Gustábale sobre todo el muelle de Orsay, tan variado, tan amplio, que comienza en la calle de Bac, pasa por delante del Palacio Borbón, atraviesa el Campo de Marte y los Inválidos y no termina hasta Grenelle, el país obscuro de los talleres y fábricas. ¡Y qué amplitud majestuosa, qué árboles centenarios en aquel recodo del Sena, desde la Fábrica de Tabacos hasta el jardín

actual de la torre Eiffel! El río se despliega con gracia soberana. La avenida se extiende bajo los más hermosos árboles del mundo. Se disfruta de una tranquilidad indecible, en la que se siente palpar la vida y la fuerza de la gran urbe. Allí era donde Mateo quería llevar a su familia, aunque era preciso buena voluntad para ello, porque la distancia era larga. Abrían la marcha Ambrosio y Rosa, seguían los dos gemelos, Blas y Dionisio y el matrimonio formaba la retaguardia. Todo marchó perfectamente al principio; la columna iba adelantando sin tropiezo, aunque a paso de tortuga, contenta al sentir el calorillo del sol que fulguraba radioso. Rosa misma, la pequeñita, no daba señal alguna de cansancio. Atravesaron el Campo de Marte sin que pidiera que la tomaran en brazos. Los niños taconeaban sobre la piedra helada de las aceras para entrar en calor. Era un paseo magnífico. Mariana, que daba el brazo a Mateo, andaba con alguna dificultad. Vestía un traje de paño verde con un cuerpo en forma de blusa, para disimular su estado; pero como estaba ya en meses mayores sabía que no lo disimulaba del todo y andaba lentamente, balanceándose sobre sus caderas.

Tenía en verdad un encanto infinito, emanaba de ella una dignidad serena, más adorable por el abandono, por el cansancio propio de su estado, que los sufrimientos ennoblecían. Algunos paseantes, admirados de su belleza, se volvían para verla mejor. El número de los mirones aumentó a medida que avanzaban hacia los sitios más concurridos. Lo que agravaba la situación eran las dos parejas de niños que el matrimonio llevaba de avanzada. Cuatro niños ya, y otro en camino. Aquello parecía extraño, provocaba la risa. Algunos se

indignaban y creían que un ejemplo tan patente de imprevisión, expuesto en plena calle, podía ser pernicioso. ¡Ah! ¡pobre mujercita! ¡Tan joven, tan linda y con cinco hijos o poco menos! Sin embargo el marido no parecía un bruto. Mateo y Mariana, que comprendían la curiosidad que despertaban, sonreían y no tenían empacho alguno en mostrar a la faz de todos, la hermosa fecundidad que contribuía a su belleza, su salud, su fuerza. Cuando llegaron al paseo de álamos fué preciso sentar un momento a Rosita, que no podía con sus pies. Como hacía frío y el sol declinaba, inundando la tierra con pálido reflejo nada más, hubo que pensar en la vuelta que se efectuó poco a poco, sintiendo en el rostro la mordedura del aire vivo y helado. Los niños marcaban el paso golpeando fuertemente con los pies, y la niña, entretenida, no lloró. Las tres próximamente serían cuando volvieron todos a la calle de la Federación. Allí también hubo algunos transeúntes que admiraron a la familia numerosa, buenas gentes sin duda, que sonreían al contemplar el buen aspecto de los chiquillos y de aquellos papás que no se descuidaban. Al entrar, Mariana, algo cansada, se tendió en un sillón ante un buen fuego que Zoé tenía encendido por orden de Mateo. Los niños escuchaban, quietos por la fatiga, un cuento que leía Dionisio. En aquel momento llegó una visita. Era Constanacia que, habiéndolo dado un paseo en coche con Mauricio, tuvo la idea de saber cómo estaba Mariana, a la que apenas veía, aun cuando sólo un jardín separaba el hotel de la casita.

—¿No está usted bien, amiga?—preguntó viéndola casi tendida.

—Sí; es que acabo de dar un paseo de dos horas y ahora descanso.

Mateo había ofrecido un sillón a la rica y va-

nidosa prima, que procuraba mostrarse, por su parte, todo lo amable que podía. En cuanto estuvo sentada, se disculpó por venir tan de tarde en tarde, diciendo que sus deberes de ama de casa no le dejaban un momento suyo. Mauricio, vestido de terciopelo negro, no abandonaba las faldas de su madre aunque no perdiera de vista a los cuatro niños que, a su vez, le miraban también con curiosidad.

—¿Por qué no saludas a tus primos, Mauricio?—dijo Constanacia.

Se decidió; fué hacia ellos: pero los cinco quedaron turbados. Se veían muy poco; no se habían dado aún de cachetes, y los salvajillos de Chanteblen no estaban a gusto con aquel parisién de prosapia y ademanes burgueses.

—¿Todos los pequeñuelos siguen bien?—exclamó Constanacia, que con sus ojillos penetrantes comparaba aquellos chicos a Mauricio.—Ambrosio ha crecido mucho; y los gemelos están muy robustos.

Sin duda el examen no la satisfizo del todo, porque, aun cuando Mauricio era alto y recio, tenía una palidez cadavérica al lado de aquellos muchachos colorados y mofletudos.

—Lo que les envidio es a Rosita. ¡Es una verdadera golosina!

Mateo se echó a reír, y con una vivacidad que le pesó en seguida:

—Es una envidia fácil de satisfacer. Se venden esas alhajas en el mercado, y no cuestan muy caras.

—Baratas, sí, baratas;—replicó Constanacia.—esa es la opinión de ustedes; pero no la mía. Cada cual entiende el mundo a su manera.

Y su mirada de reprobación irónica y desdeñosa, completó su pensamiento. Paseó su mirada

desde aquellos cuatro niños de rosadas carnes hasta aquella mujer de nuevo embarazada, de cuyo vientre iba otra vez a surgir la vida. Aquello la hería, la repugnaba como una indecencia. Cuando tuvo noticia de aquella nueva preñez, no ocultó su reprobación. No la manifestó con palabras; pero no podía tolerar que se burlaran de su esterilidad. Si no tenía una hija, era porque no quería tenerla.

Mariana, queriendo cambiar de conversación, preguntó por Beauchéne.

—¿Y qué hace Alejandro? ¿Por qué no lo ha traído usted? Hace ocho días que no lo veo.

—Ya te dije,—interrumpió vivamente Mateo,—que ayer salió a cazar. Hoy ha debido dormir en Puymoreau al otro lado de Chantebled para ojear los bosques desde el alba, y es probable que no vuelva hasta mañana.

—Sí, ya me acuerdo. ¡Vaya un tiempo para ojear bosques!

Aquella conversación era también escabrosa. Beauchéne hablaba de cacerías cada vez que quería tener una noche libre, y abusaba tanto de aquel pretexto que Constancia debía tomarlo ya a beneficio de inventario. Pero, ante aquel matrimonio tan bien avenido, cuyo marido no salía nunca por las noches, quiso mostrarse valiente y tranquila.

—Soy yo quien le obliga a salir,—dijo;—es tan sanguíneo, que le conviene pasear y cansarse.

En aquel momento sonó de nuevo el timbre de la puerta y a poco entraron Valeria y Reina. Al ver a Constancia se ruborizó ligeramente a causa de la impresión que le producía aquel perfecto modelo de gran fortuna que se esforzaba en ocultar. Pero Constancia aprovechó la coyuntura para despedirse, diciendo que no podía prolon-

gar más la visita, pues una amiga suya debía esperarla en casa.

—Deje usted a lo menos a Mauricio. Ahora está aquí Reina y jugarán los seis. Luego lo acompañaré, después de merendar.

Mauricio se había refugiado de nuevo junto a su madre.

—¡No, no! Ya sabe usted que sigue un tratamiento y no conviene que coma fuera de casa. Me voy. Sólo deseaba saber cómo estaban ustedes. Buenas tardes.

Salió llevándose al niño, después de dar un apretón de mano familiar y protector a Valeria, sin decirle una palabra de distinción. Reina había sonreído a Mauricio. Estaba preciosa aquella tarde con su traje de paño azul, sus cocas negras y tan parecida a su madre, que parecía su hermana menor.

Mariana, encantada, la llamó:

—Ven a besarme... ¡Qué hermosa niña! ¿Qué edad tiene?

—Pronto cumplirá los trece,—dijo Valeria.

Se había sentado en el sillón que dejara Constancia, y Mateo notó la expresión pensativa de sus ojos. Después de decir que también había venido para saber cómo seguía Mariana y de haberse hecho lenguas de la salud y belleza de los niños, callaba, entristecida, pensando en sus secretas penas, escuchando los cumplidos de agradecimiento de Mariana, contenta al ver que nadie la olvidaba. Mateo las dejó solas.

—Ven, Reina; ven con los niños al comedor. Vamos a ocuparnos en arreglar la merienda. Ya verás como nos divertimos.

Aquellas palabras desencadenaron una tempestad. Se olvidó la lectura; cayeron las sillas, los tres muchachos arrastraron a Reina, corriendo y

saltando, y Rosa, que había caído de bruces, les seguía chillando y saltando como una gatita. Cuando estuvo sola con Mariana, Valeria murmuró:

—¡Ah, señora! ¡Cuán dichosa es usted en poder tener todos los chiquillos que le place! Es una dicha que me está prohibida.

Muy admirada, la joven contestó:

—No comprendo; me parece que es usted libre de hacer lo mismo que yo.

—No lo crea usted, querida, no lo crea usted. Usted tiene aspiraciones y gustos muy sencillos. Cada uno se arregla la vida, y en cuanto lo ha hecho, es muy duro cambiarla. Ya nos hemos trazado un plan de conducta para nosotros y para Reina y ahora sería un trastorno variarlo.

Luego en un brusco arranque de desesperación:

—Si me viera en cinta como usted, si estuviese segura de ello, no sé lo qué haría; ¡me volvería loca!

Y a pesar de sus esfuerzos para contenerlas, brotaron sus lágrimas y su pecho dejó escapar hondos sollozos. Más y más sorprendida, Mariana trató de tranquilizarla. Entonces Valeria, sin dejar de sollozar, le confesó que creía estar embarazada de tres meses. Primeramente había creído en un retardo, en una falta; pero al tercer mes no había duda. Y le explicó que no comprendía cómo había ocurrido aquello. Su marido, que participaba de sus ideas, procuraba no estar torpe, ella tomaba sus precauciones y se vigilaba en medio de sus más violentos transportes. Era aquello inexplicable; pero indudable.

—Vaya,—dijo Mariana;—puesto que el mal ya no tiene cura, no hay sino que prepararlo todo para hacer un buen recibimiento al muchacho.

—No, no, es imposible,—dijo Valeria, cada vez más desesperada;—no podemos vivir siempre en

la medianía de ahora.. Su marido debe haber dicho a usted lo que pensamos. Morange entrará en el Crédito Nacional y ocupará con el tiempo una alta posición; pero es preciso que, interinamente, acepte un empleo mal retribuido. ¿Y cómo vamos a hacerlo con este nuevo engorro? Teníamos todos los cálculos hechos y ese chiquillo los echa por tierra y nos hunde en la miseria para siempre.

—¡Cuántos razonamientos!—exclamó Mariana sonriendo.

—Son justos, querida... Cuando se pierde una ocasión, no vuelve a presentarse. Si mi marido desperdicia esta ocasión que se le ofrece para abandonar la fundición, todos nuestros sueños, van al agua... ¡Cómo! ¿Usted, tan inteligente, no lo comprende?

—Sí, sí, lo comprendo... Pero yo no hago jamás tantos cálculos y no puedo apreciarlos en su justo valor. Me admira y me apena a la par... Los hijos vienen, pues se les recibe y todos contentos. Con ellos viene siempre la fuerza y la fortuna. Nada más sencillo.

Valeria protestó llorando.

—Explique usted eso a mi marido, que está apenado y avergonzado después de dar esa campañada... Hoy que es domingo, ¿sabe usted dónde está? En casa, trabajando. Así gana unos céntimos además de su sueldo. Pero, si es preciso, tendré yo voluntad por él, que es tan débil y bueno.

Luego los pensamientos que callaba, la enloquecieron. Se retorció las manos, y balbuceó entre sollozos:

—No; no es posible. No estoy en cinta; ¡no puede ser! ¡no quiero!

Mariana, ante un dolor tan intenso, no trató de calmarla con palabras. La tomó entre sus brazos,

secó sus lágrimas y detuvo sus sollozos, temiendo que se oyeran de la habitación vecina, donde resonaban alegres gritos y carcajadas. Cuando la hubo tranquilizado, la llevó al comedor.

—¡A la mesa! ¡A la mesa!—gritaban los niños.

Era encantadora aquella mesa dispuesta para la merienda. Mateo, ayudado por Reina, había arreglado simétricamente cuatro compoteras que contenían dulces y confituras. Los chicos, queriendo ayudar, lo embarullaban todo y Rosa amenazaba romper toda la vajilla. Se divertían sobremanera y Reina se mostraba muy cariñosa. Se echó a reír, picardeada ya sin duda, cuando Ambrosio dijo a su madre que era Reina su mujercita y Rosa su bebé.

Mariana le mandó callar viendo que Valeria sufría, y empezó la merienda. Los chicos devoraron. Aquel domingo, a las nueve, los chicos estaban ya acostados. Mateo hizo que Mariana se metiera en cama hasta las diez, hora en que tenía que tomar una taza de tila, que él mismo se empeñaba en preparar, diciendo que no necesitaba a la criada, veló junto a su mujer leyéndole un periódico. Cuando hubo bebido la tila, le dió las buenas noches y un par de sonoros besos en las mejillas, besos que le devolvió ella de todo corazón. Al cabo se desnudó y se acostó. Mariana no dormía aún y Mateo tampoco concilió el sueño hasta que oyó la respiración rítmica e igual de su esposa. Mariana, para la que Mateo deseaba un despertar de reina, que paseaba al sol como a una admirable princesa, estaba servida y adorada por él, durante la velada en su cuarto, como una divinidad. Aquel culto era más alto y verdadero que el que se otorga a las vírgenes; era el culto de la madre, de la madre glorificada y

grande, amada y dolorosa por la pasión que sufre para la eterna eflorescencia de la vida.

II

El jueves en que los Froment debían almorzar en casa los Seguin du Hordel, en la lujosa casa de la avenida Antin, Valentina llamó a Celeste a las diez. Se hizo vestir con coquetería y se recostó en uno de esos sillones largos, tan propios para el descanso. Había suplicado a Mariana que viniese temprano para poder hablar mucho rato, con una mujer que estaba en el mismo caso que ella, de los terrores que de continuo la asaltaban. Pidió un espejo, se miró y meneó desesperadamente la cabeza al verse fea y como envejecida, con su cara rubia alargada y llena de pecas. Su vientre le abultaba mucho aunque había tratado de disimularlo por medio de una blusa de seda azul.

—¿Está en casa el señorito?—preguntó.

Desde la antevíspera no le había visto. Pretextando quehaceres comía y almorzaba en el restaurant, llegaba tarde, y por las mañanas no entraba a verla, dando por excusa que temía molestarla.

—No, señora; el señor ha salido a las nueve, y estoy segura que no ha vuelto.

—Bien; cuando lleguen los señores Froment, que pasen en seguida.

Lánguidamente tomó un libro y esperó. Como lo había medio indicado el doctor Boutan, aquella preñez inesperada había convertido aquella casa en un infierno. Al saberla, Seguin se enfureció brutalmente afirmando que aquella criatura